



## CAPÍTULO VIGÉSIMO-QUINTO

Desprestigio del Directorio y la segunda coalición

**B**ONAPARTE partió para Egipto con dos convicciones: la una, que la conquista de este país le haría árbitro de los destinos de Europa, bien aliándose con Turquía contra las cortes imperiales, ó con éstas contra Turquía; la otra, que durante su ausencia volvería á encenderse la guerra y que ésta sería desastrosa para el Directorio, cuyas torpezas desencadenarían al propio tiempo la anarquía en lo interior. Entonces todo el mundo volvería los ojos á Bonaparte, saludándole como único salvador. El primero de estos cálculos marró por completo. Precisamente, la expedición á Egipto fué causa de que Turquía se aliase con las cortes imperiales contra Francia. El segundo cálculo, el que más convenía á su ambición, se realizó más allá de sus deseos. El Directorio desarrolló en lo interior una política intransigente, desatentada, que suscitó el odio y la animadversión entre los partidos y le enagenó la simpatía de todo el mundo. El primer acto de esta política fueron las elecciones de Marzo y Abril del noventa y ocho, para renovar el tercio de los representantes. La contienda no se entabló esta vez entre el Directorio y los realistas, que se retiraron; sino entre el Directorio y sus amigos los jacobinos, que, como en mil setecientos noventa y tres, excitaban al pueblo á la insurrección; declaraban realista y chuano á todo el que no votase á sus candidatos, y pedían á gritos grandes medidas revolucionarias, para apartar de las urnas á los enemigos de la libertad. El Directorio mandó cerrar los círculos constitucionales y publicó enérgico manifiesto, previniendo á los ciudadanos lo

mismo contra los anarquistas del noventa y tres que contra los realistas. Pero la excitación no se contuvo; en varios colegios se cometieron actos de inaudita violencia, que hicieron que cada partido nombrase por separado á los electores. El treinta y uno de Marzo, nueva proclama del Directorio. «Los conspiradores realistas vencidos en Fructidor, decía, quieren enviar á los Consejos los anarquistas más peligrosos y más desacreditados, cuyos nombres aparecen en varias listas de candidatos; pero el gobierno vela, y así como en el diez y ocho de Fructidor expulsó á los traidores de la representación nacional, de igual suerte expulsará ahora á los traidores de nueva especie». El diez de Abril se reunieron las asambleas electorales de segundo grado, que fueron por todo extremo tempestuosas. En muchas partes se dividieron, y cada fracción de la Asamblea eligió por separado sus diputados. En París, por ejemplo, la mayoría de los electores efectuó la elección en la iglesia del Oratorio, y la minoría, ó sea los amigos del Directorio, en el Louvre. Los terroristas triunfaron en la mayor parte de los colegios; pero la minoría les acusaba de ilegalidad y de violencias y se decidió á formar asamblea aparte. En vez de calmar las pasiones, el Directorio las exacerbó. En un mensaje que dirigió el dos de Mayo al Cuerpo Legislativo, afirmaba que el realismo había reemplazado la escarapela blanca por la boina roja, y se quejaba de la presión ejercida sobre los electores y de las ilegalidades sin cuento cometidas durante las elecciones. Si estas acusaciones eran ciertas, procedía consultar de nuevo la voluntad del país; pero temiendo el Directorio que nuevas elecciones diesen á los terroristas triunfo más completo aún, empujó á los Quinientos á tomar una decisión gravísima, consistente en considerar como representantes legítimos á los elegidos por la minoría. El Consejo de los Ancianos ratificó esta ley el once de Mayo, veintidós Floreal, y en su virtud, fueron excluidos del Cuerpo Legislativo más de sesenta diputados de la izquierda. El veintidós de Floreal fué un golpe de Estado, ni más ni menos que el diez y ocho de Fructidor, pero en sentido inverso. El pueblo lo vió con profunda indiferencia. Desde este punto, el Directorio fué mirado con prevención por todos los partidos; sólo contó con la fidelidad del ejército, aunque no sin importantes excepciones. Por el diez y ocho de Fructidor habíanse separado de su lado Moreau, Kleber y Desaix; el veintidós de Fructidor le enagenó la adhesión de los generales jacobinos Jourdan, Brune y Augereau. Tampoco reinaba la concordia en el seno del Directorio, en el que ingresó ahora Treilhard, en sustitución de Francisco de Neufchateau. Barras, dispuesto como siempre á sacrificar á sus compañeros cuando le conviniese, seguía íntimamente unido á Bewbell, que contaba también con Bonnier; mas no con Merlin, que le odiaba personalmente, y á quien se unió el nuevo director, Treilhard.

Intransigente y arbitraria dentro, la política del Directorio fué violenta y agresiva fuera. Para acreditarse de republicano ante los insultos de los terroristas, no menos que para proveer de recursos al exhausto Tesoro, se aplicó con más furor que nunca á derri-



bar á los reyes y saquear á los pueblos. El primer campo en que ejerció esta política fué el Imperio alemán, cuyos Estados trabajó por sublevar contra los gobiernos, por medio de numerosos agentes. Centro de estas intrigas había sido el cuartel general de Augereau, y éranlo ahora las embajadas francesas de Basilea y Rastadt. Del club revolucionario de Strasburgo salían á diario abultados paquetes de folletos revolucionarios para los agentes, que predicaban á los campesinos la abolición de los derechos señoriales, y á los habitantes de las ciudades la igualdad ante la ley, poniendo por delante la generosidad y el desinterés de la nación francesa. No fueron vanos sus esfuerzos. Por todas partes cundió el desasosiego, y en Oberland se levantaron en armas más de ocho mil campesinos. No menos agresivo se mostró el Directorio en el Congreso de Rastadt. Después que la diputación hubo cedido la margen izquierda del Rhin y aprobado las secularizaciones, el tres de Marzo se recibió una nota francesa pidiendo, además de la margen izquierda, todas las islas del río, y luego, en la ribera derecha, un territorio frente á Huninga, Kehl para proteger á Strasburgo, y Castel como arrabal de Maguncia; supresión de todas las aduanas establecidas en el Rhin; libertad de navegar por este río, y por último, que las deudas sobre los países de la margen izquierda se transfiriesen á los que se darían como compensación en la margen derecha á los príncipes desposeídos. En Suiza, causó estragos esta terrible política. Las tropas se diseminaron por doquier y llevaron á todos los cantones los males de la guerra, sin distinguir entre amigos y enemigos. Después de Brune, Lecarlier inauguró su administración imponiendo una contribución de ochocientos mil francos á Berna y otra de quinientos mil á Friburgo, y en pos de Lecarlier vino Rapinat, cuñado de Rewbell, que impuso á Berna seis millones, tres á Zurich, dos á cada uno de los cantones de Friburgo, Soleure y Lucerna y un millón al clero católico, sobre ser en todas partes saqueadas las cajas públicas, vaciados los almacenes y requisados animales y productos. Por otra parte, ardía la guerra entre los franceses y los viejos cantones, que se negaron á reconocer la Constitución única. Los suizos se defendieron bizarramente, destrozando á los franceses donde quinientos años antes sus antepasados habían derrotado á los austriacos, en el desfiladero de Morgarten, y á consecuencia de esta victoria, el cuatro de Mayo se firmó un tratado, ingresando los viejos cantones en la República Helvética y renunciando los franceses á ocuparlos militarmente. En medio de esta sangrienta lucha, el Senado y el Gran Consejo, erigiéndose en representación nacional, nombraron en Aarau, como órgano soberano del gobierno, un Directorio de cinco, en el que no figuraron ni Hochs ni Labarpe. Pero sobre las órdenes de este Directorio estaban las de Schauenburgo y de Rapinat, que seguían saqueando con el mayor descaro y reprimiendo el ejercicio de la libertad, al extremo de no poder viajar de un cantón á otro sin pasaporte francés. No pudo por menos el Directorio de oponerse á esta monstruosa tiranía, y entonces Rapinat pidió al gobierno helvético la separación de los directores Bay y Pfiffer, por sospecha de

estar en pérdidas inteligencias con Inglaterra, y dos días después, fundándose en que Suiza debía ser considerada como país conquistado, declaró nulas las decisiones del gobierno helvético contrarias á las órdenes de Francia. En sustitución de los directores calumniados, que cedieron á la fuerza, Rapinat nombró el veintiuno de Junio á Hochs y Doldeu. El gobierno de París, á pesar de sus anchas tragaderas, se creyó obligado á atenuar estos brutales atropellos: llamó á Rapinat, desaprobó su conducta y mandó que se proveyesen por elección los dos cargos vacantes del Directorio. Fueron elegidos Hochs y Laharpe el veintinueve de Junio, y desde este punto se fué restableciendo la calma.

Con no menos ardor trabajaban los directores por infiltrar sus ideas en los Estados italianos, del uno al otro confin de la península. Dando al olvido la política relativamente templada de Bonaparte, donde quiera que se encontraban con una corona, miraban como un deber republicano el romperla. En la primavera del noventa y ocho, renovaron el personal diplomático, sustituyendo los representantes moderados de Bonaparte por furiosos jacobinos, como Sotin en Liguria, Ginguené en Turin y Garat en Nápoles. Estos dos últimos eran literatos. El rey del Piamonte, Carlos Manuel, sencillo y enemigo del fausto, recibió á Ginguené en audiencia particular y sin testigos, á uso y costumbre de la corte, á pesar de lo cual, Ginguené le enderezó un discurso enfático y pomposo, celebrando las costumbres republicanas y la honradez del Directorio. Deslumbrado por aquella magna obra de literatura, el rey se limitó, por toda respuesta, á preguntarle por su salud. A las primeras de cambio, Ginguené pidió al ministro Prioca que su mujer fuese presentada á la corte como embajadora, mas no vestida de etiqueta, sino con sencillez republicana, color blanco y medias de algodón. No tardaron en tocarse los resultados de la propaganda revolucionaria á que se entregaba el nuevo embajador, servido por numerosos agentes. Partidas aparecieron en varios puntos del reino. En una de las proclamas que publicaron leíase: «Para apresurar la paz, el Directorio ha considerado á los reyes como representantes de los pueblos; esta tolerancia debe restringirse hoy. .... La alianza del rey de Cerdeña con la República francesa implica su renuncia al trono». Esto, que aquí se decía paladinamente, lo confirmaban el silencio ó las evasivas con que Ginguené contestaba á las quejas del ministro Prioca, así como el público apoyo que el general Brune y los magistrados de Milán y de Génova prestaban á los revoltosos. Antes que dejarse matar á pinchazos, el rey y Prioca resolvieron acabar de una vez. Despacharon unos cuantos regimientos contra los insurrectos, que fueron derrotados, encontrándose entre los oficiales presos varios franceses; y comunicaron enseguida al gobierno ligurio que, habiendo concedido libre paso á los facciosos, las tropas reales atravesarían también la Liguria para ir á Carrosio, de la que se apoderó el general Orasco. Desde este punto intervino el Directorio. Talleyrand despachó á Turin el diez y ocho de Mayo una nota, en la que llamaba á



los rebeldes inocentes extraviados, pedía para ellos completa amnistía y prometía emplear toda la influencia del gobierno en restablecer la paz en la Cisalpina y la Liguria, si el rey destinaba sus tropas á exterminar á los *barbetti*. Ginguené transmitió estas declaraciones al ministro sardo, que otorgó la amnistía, después de haber hecho fusilar á diez de los insurrectos. Cuando Prioca creía que todo había concluido, se presentó el general Brune pidiendo la ciudadela de Turín y la destitución de los ministros que no eran de su agrado. En vano exigió Prioca que se consultase el asunto con el Directorio; Brune y Ginguené insistieron, y el rey, para evitar nuevas violencias, se resignó á entregar á los franceses la ciudadela de su capital y vivir bajo la boca de los cañones republicanos. Los embajadores de Inglaterra, de Rusia y de Portugal pidieron á sus cortes permiso para retirarse de una ciudad, en la que, de hecho, ya no era rey Carlos Manuel.

Agitada se hallaba también la Toscana, á cuyo Gran Duque no dejaban en paz los republicanos franceses, por haber dado albergue al Papa, de cuyos actos le hacían responsable. Pero mucho más conturbado se hallaba Nápoles. La República romana, presumiéndose heredera de los derechos de la Santa Sede, entendió que Nápoles debía reconocer su soberanía, como había reconocido la del Papa; pagarle una contribución anual; entregarle los principados papales de Benevento y Ponte-Corvo, y despedir al ministro Acton, enemigo público de Francia. A todo esto, síntomas de sentimientos liberales aparecían en la clase media y parte de la nobleza napolitanas, al paso que el resto de la nobleza, clero, campesinos, pescadores y *lazaroni* mostraban odio salvaje á los jacobinos. El rey Fernando IV era una nulidad, mal criado, ignorante, enemigo del trabajo, que sólo gustaba de cazar, pescar y divertirse en juegos poco delicados. De años atrás había abandonado la dirección de los negocios á su mujer Carolina, hija de la gran Maria Teresa, de intención recta, gran viveza y rara impresionabilidad. Sentía profundo horror á los franceses, que habían matado á su cuñado y á su hermana y habían castigado con todos los males de la guerra á su nueva y á su antigua patria. Naturalmente, las exigencias de Francia fueron rechazadas; llevadas á la frontera romana grandes masas de tropas, y reprimida con fuerte mano toda manifestación de sentimientos liberales. Temeroso de una ruptura, el Directorio cedió, dejando los principados papales al rey á cambio de veinte millones de francos. Acton fué reemplazado en el ministerio por el marqués de Gallo. Pero la reconciliación duró poco; rompióse á la llegada del embajador Garat. Literato, como Ginguené, Garat soltó, en la audiencia de recepción, largo y ampuloso discurso sobre las excelencias de la República francesa; Fernando, no comprendiendo una palabra de aquella gerigonza, le volvió la espalda sin contestarle, y la reina hubo de violentarse extremadamente para recibir, de embajador, al que había leído al infeliz Luis XVI la sentencia de muerte. Los preparativos militares se continuaron con nuevo ardor; se reunió un ejército de sesenta mil hombres, y se concertó con el Austria un tratado de alianza defensiva. Gracias que

el Directorio tuvo el buen acuerdo de llamar á Garat, con lo que se restablecieron las relaciones perturbadas.

La misma política absorbente, por parte del Directorio, hizo infructuosas las conferencias de Selz. El Directorio, enterado de que el conde Cobentzel, respondiendo á la carta de Bonaparte, iba camino de Rastadt, nombró de representante al director que acababa de salir, Francisco de Neufchateau, y como éste no podía, por la Constitución, pasar la frontera en el plazo de un año, se fijó la pequeña villa de Selz para las conferencias. Empezaron éstas el treinta de Mayo. Francisco pretendió que se arreglase primero lo del insulto á la embajada francesa. Cobentzel respondió que la culpa había sido de Bernadotte y sus polacos, y que bastaba para satisfacción con la carta de Colloredo. «No es una hoja de papel lo que pedimos, respondió Francisco, sino una reparación pública y efectiva»; y exigió la restauración del palacio de la embajada, la reposición de la bandera tricolor, el castigo de los alborotadores, y que todo esto se comunicase al Directorio, en audiencia solemne, por el embajador de Austria en París. Cobentzel pasó á la cuestión principal, á los actos de violencia cometidos por los franceses desde Campo-Formio. «Se creyó, dijo, regular por este tratado la situación de toda Italia, y sin embargo, ¡qué de cambios no han ocurrido después!»; y recordó la expulsión del Papa, la ocupación de Suiza, la devastación de Venecia, la petición de toda la margen izquierda del Rhin y el negar al Austria una indemnización equivalente. A lo del Papa respondió Francisco sonriéndose; á lo de las indemnizaciones, eludiéndolas, «Estamos en Selz, dijo, no en Rastadt, único punto donde estas diferencias con Alemania deben regularse». Acabó la primera conferencia conviniendo en que Cobentzel pondría por escrito los deseos de su gobierno, y que Francisco remitiría la nota al Directorio. En la segunda, cinco de Junio, se trató principalmente de la indemnización que se daría al Austria. Como Cobentzel no la aceptase en Alemania, exclamó Francisco: «Veamos, pues, qué otro medio hay de contentaros. ¿No os convendrían algunas provincias turcas?» El representante austriaco manifestó que no eran Alemania ni Turquía el terreno en donde podrían entenderse, sino solamente Italia. A lo cual respondió Francisco, que el Directorio se oponía en absoluto á todo género de cesión en la Península. Entonces Cobentzel, recobrando su primera actitud, declaró que, puestos así los términos, el Emperador exigiría el estricto cumplimiento del tratado de Campo-Formio. Este mismo día, Francisco envió al Directorio relación minuciosa de las negociaciones, no ocultando su juicio de que la exposición de Cobentzel contenía puntos difíciles de rebatir. Trabajo perdido. A los pocos días le llegó la contestación del Directorio á la Memoria de Cobentzel, en la que se insistía en pedir una reparación pública por el escándalo de la bandera. «Cuando se esté de acuerdo sobre este punto, añadía, se cerrará la negociación de Selz». Este desdichado documento, rechazando todas las condiciones que hubiesen hecho posible la continuación de la paz, era el